



# Cuevas prehistóricas de Ribadesella

## Descubrimiento y primeras investigaciones (1845-1917)

Miguel Polledo González

La desembocadura del río Sella conforma un lugar de enorme relevancia para el estudio del Paleolítico Superior peninsular. El concejo de Ribadesella, en poco más de 80 km<sup>2</sup>, alberga un importante número de cuevas, objeto de interés cotidiano y simbólico, por parte de los grupos humanos que ocuparon este territorio entre 35 000 y 10 000 años antes del presente. Además de Tito Bustillo, se conocen otras cuevas como La Lloseta, Viesca, La Cuevona, Les Pedroses, El Cierro, San Antonio o Cova Rosa. Los restos arqueológicos de estos yacimientos aportan valiosa información sobre los modos de vida de los grupos prehistóricos y sobre el arte que desarrollaron, parietal y portátil. El arte nos acerca al pensamiento simbólico del Homo sapiens paleolítico y además inserta el territorio riosellano en un entramado de relaciones, quizás a larga distancia, que permitió la circulación y transmisión de objetos, técnicas, usos, ideas, costumbres y creencias. Todo ello da lugar a un hecho cultural europeo uniforme, que se manifiesta en los restos materiales y en el arte de los cazadores-recolectores del Paleolítico Superior.

Tito Bustillo, una de las cuevas de mayor relevancia y proyección de toda la zona cantábrica, fue descubierta en la primavera del año 1968. Cien años antes, a mediados del siglo XIX, ya se alude a las cuevas de Ribadesella como depositarias de restos arqueológicos, que empezarán a ser excavados y estudiados de acuerdo a una metodología científica en los primeros años del siglo XX. El tiempo que transcurre entre los primeros descubrimientos y las primeras referencias a cuevas con restos arqueológicos en Ribadesella, mediado el siglo XIX, y las investigaciones llevadas a cabo en dichas cuevas en los tres primeros lustros del siglo XX, marca el tránsito del coleccionismo y el anticuarismo como motivación para la recuperación de objetos prehistóricos, a la práctica de la arqueología y estudio de la Prehistoria como disciplina científica.

### Huesos antediluvianos en Ribadesella (1845 - 1858)

Mediado el siglo XIX asistimos al nacimiento de la arqueología prehistórica y de la Prehistoria como objeto de investigación, tanto en Europa como en España. El hallazgo de huesos de animales extinguidos, junto a piedras talladas e incluso restos humanos dentro de los mismos depósitos sedimentarios, llevó a reconocer que procedían del llamado Pleistoceno, periodo geológico antiguo, anterior al Holoceno o periodo geológico actual<sup>1</sup>.

En el año 1845, en este contexto de incipientes investigaciones prehistóricas, se publica en el *Boletín de Minas* editado



Vista general del macizo de Ardines, a principios del siglo XX (Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta, Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales)

por la Dirección General de Minas, un artículo titulado "Visitazo geológico sobre Cantabria", donde se hace referencia a la presencia cerca de Ribadesella de una caverna con huesos antediluvianos<sup>2</sup>. El autor de este artículo fue el ingeniero alemán Guillermo Schulz (1805-1877), Inspector General de Minas destinado en Asturias y más tarde profesor en la Escuela Especial de Ingenieros de Minas de Madrid. Años después, en 1858, publica la *Descripción Geológica de la Provincia de Oviedo*, en la que incluye de nuevo la referencia a una cueva situada a "1/4 de legua al SE de Ribadesella, con huesos antediluvianos"<sup>3</sup>. Este concepto general de "antediluviano", muy propio de mediados del siglo XIX, y que aplicará Boucher de Perthes en su obra *Antiquités Céltiques et Antediluvianes*, es explicado por Schulz en otro apartado de su libro: "en la mayor parte de [las cuevas] aquí referidas, existen huesos de animales antediluvianos, como sucede por lo general en tales cuevas en otros países de Europa, aunque en algunas dichos huesos están cubiertos por terreno aluvial barroso o también por estalagmitas"<sup>4</sup>.

Observaciones como las de Schulz, respecto a la disposición de los huesos, y otras similares, estaban anunciando los primeros pasos de la Prehistoria como disciplina de estudio a partir de una metodología científica y de conocimientos basados en la Arqueología, la Antropología y la Paleontología. Será la Geología, no obstante, la ciencia que aportará uno de los métodos principales de investigación, la Estratigrafía, que permitirá situar en el mismo marco temporal los restos "antediluvianos" de animales extinguidos y los restos arqueológicos resultado de la actividad humana<sup>5</sup>.

## Excavaciones en la “Cueva de Ribadesella” (1870 - 1886)

En 1870, José Garralda publica la primera alusión a excavaciones arqueológicas en una cueva riosellana. En una descripción de la llamada “Cueva de Ribadesella”, refiere que “con la finalidad de comprobar si la cueva es huesosa o si contenía algún dato curioso para la Arqueología o la Paleontología [...] se ha hecho una calicata en la galería de entrada sin que haya dado resultado, pero las dimensiones de ella son tan reducidas que nada puede indicarnos, sobre si ha estado o no habitada en la época pre-histórica”<sup>6</sup>.

Esta referencia de Garralda podría ser puesta en relación con la visita que Juan de Dios de la Rada y Delgado, –quien años más tarde llegará a ser director del Museo Arqueológico Nacional– y Arturo Malibrán Autet, –facultativo de dicho museo–, realizan a Ribadesella en esas fechas<sup>7</sup>. Fueron comisionados por el Ministerio de Fomento a distintas provincias españolas con la finalidad de obtener piezas y materiales arqueológicos para el recién fundado Museo Arqueológico Nacional (1867). De la visita dan cuenta en un informe remitido al Ministro de Fomento en 1871, sobre trabajos practicados y adquisiciones llevadas a cabo por el Museo Arqueológico Nacional. En el mismo aluden a una cueva recién descubierta en Ribadesella, a la orilla del mar, “que presta más motivo de admiración al viajero, de estudio al naturalista, de entusiasmo al poeta, que de fructuosos hallazgos para la ciencia al arqueólogo”. Y añaden que “la comisión hizo excavaciones para ver si encontraba algunos objetos de las edades primitivas, de esos remotos tiempos en que el hombre habitaba en cavernas, y a pesar de haber levantado en varios puntos las capas estalagmíticas, donde tales objetos pudieran hallarse, nada encontró: no es esto decir que excavaciones practicadas con más tiempo, y en algunos otros parajes de la cueva, no pudiesen dar mejores resultados”<sup>8</sup>.

Si bien son tiempos en los que el anticuarismo y el coleccionismo siguen promoviendo la recuperación de objetos arqueológicos, la creación del Museo Arqueológico Nacional y el desarrollo de los museos arqueológicos provinciales en España, impulsaron los estudios prehistóricos poniendo en valor elementos del patrimonio arqueológico poco considerados hasta entonces.

Años más tarde de nuevo se llevan a cabo excavaciones arqueológicas en la misma cueva, practicadas por Justo del Castillo y Quintana (1841-1912), probablemente entre los años 1874 y 1881<sup>9</sup>. Ingeniero, inventor y masón –miembro de la primera logia creada en Gijón, llamada Amigos de la Naturaleza y de la Humanidad– llegó a ser director de la escuela de Artes y Oficios de Gijón, fundada en 1887. Su inquietud intelectual le llevó a explorar la cueva de Collubil, en Amieva, donde atestigua el hallazgo de “varios silex, constituyendo pequeñas puntas de flecha, de forma, tamaño y material variado”. En la llamada cueva de Ribadesella practicó excavaciones, “cortando la capa estalagmítica que en general constituye su suelo, desigual a causa de fragmentos desprendidos



Guillermo Schulz

de la parte superior”, encontrando “numerosas conchas o restos de moluscos, cuya variedad, disposición y estructura nos hizo suponer procedían de restos de comidas de antiguos habitantes de la gruta, análogos a los restos que constituyen los *kjoek-ken-moeddings* en Dinamarca”<sup>10</sup>.

El afán de Justo del Castillo fue más allá de la mera recolección de objetos prehistóricos, ya que a partir de sus hallazgos se planteó interrogantes que ponen de manifiesto su carácter erudito. En el caso de los materiales de Collubil se preguntó “si no responderían a la presencia de un taller de silex, o si las oquedades de la cueva no formaría parte de entradas de habitaciones diversas cuyo conjunto constituyeran un pueblo”. En el caso de la cueva de Ribadesella, afirmó que “si por alguna persona sabía, o mejor, si por Academias oficiales se hicieran estudios serios en esta y otras cuevas asturianas, se llegaría a reunir cúmulo de datos fidedignos, que pudieran sustituir a los muy fantásticos que por muchos se han tomado como base de la historia asturiana”<sup>11</sup>. Plantea pues una atinada reflexión sobre las posibilidades de la Arqueología como fuente de conocimiento histórico.

Hasta los primeros años del siglo XX, fueron escasos los arqueólogos formados en la disciplina y pocos los especialistas dentro del ámbito universitario. Serán profesionales procedentes de otros campos del conocimiento quienes lleven el



De izquierda a derecha: Hugo Obermaier, Henri Breuil y Hermilio Alcalde del Río

peso principal de la investigación prehistórica. Es digno de mención el papel que en estos años juegan las clases medias burguesas y profesionales de diferentes actividades y formación académica, entre los que destacan, además de Justo del Castillo, ingenieros de minas como Casiano del Prado, Guillermo Schulz o Gabriel Puig y Larraz. En sus itinerarios y trabajos de campo encontraron con frecuencia yacimientos con restos arqueológicos que fueron capaces de identificar e interpretar gracias a su formación y conocimientos geológicos.<sup>12</sup>

La entrada en el siglo XX supone la identificación del arte rupestre, cuyo descubrimiento se debió a Marcelino Sanz de Sautuola en 1879, con el hallazgo de Altamira. Fue Sautuola, de hecho, quien primero relacionó los útiles paleolíticos procedentes del yacimiento arqueológico de Altamira con las pinturas rupestres, estableciendo que habían sido realizadas por los habitantes prehistóricos de la cueva. El reconocimiento de su descubrimiento no llegó hasta 1902, con el hallazgo en Francia de otras cuevas donde era posible vincular el arte rupestre con restos arqueológicos prehistóricos.

Asumir esta realidad permitió un notable avance de la investigación científica de la Prehistoria, siendo España uno de

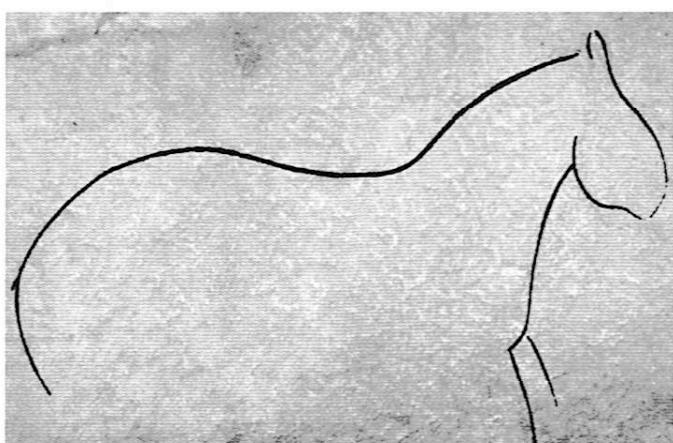
los focos claves de desarrollo, gracias a la actividad del Instituto de Paleontología Humana de París, creado en 1910, y El Museo Nacional de Ciencias Naturales, a través de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907. En 1912 se crea la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, dependiente de aquella, que dará un notable impulso a los estudios arqueológicos en España, emprendiendo, además, una notable labor de publicación y difusión de sus investigaciones.

Los trabajos de ambas entidades permitirán que los nombres de Hermilio Alcalde del Río, Henri Breuil, Hugo Obermaier, Paul Wernert, Vega del Sella, Juan Cabré o Eduardo Hernández-Pacheco, queden indisolublemente unidos a la investigación de la Prehistoria española, desarrollando una importantísima actividad en Asturias.

#### **El Instituto de Paleontología Humana de París y el descubrimiento del arte rupestre en Ribadesella (1912)**

El Instituto de Paleontología Humana supuso un proyecto de investigación científica y divulgación patrocinado por el príncipe Alberto de Mónaco. Su creación tuvo como consecuencia la presencia de un notable grupo de investigadores extranjeros trabajando en las cuevas cantábricas, entre ellos Henri Breuil, Hugo Obermaier y Paul Wernert. Sin embargo, la parte activa de los descubrimientos de cuevas cantábricas con arte paleolítico corrió a cargo de Hermilio Alcalde del Río (1866-1947), fundador, maestro y director de la escuela de Artes y Oficios de Torrelavega desde 1892. Hombre con un acentuado espíritu de observación, investiga, reproduce y publica el arte de la cueva de Altamira, lo que le servirá para iniciar una intensa colaboración con Breuil. Junto con el padre paúl Lorenzo Sierra descubre, en el periodo que va entre 1903 y 1909, Covalanas, Hornos de la Peña, Santián, El Pendo, la Clotilde y El Castillo, todas ellas en territorio cántabro. En Asturias, en 1908, descubre El Pindal, La Loja, Mazaculos y Quintanal. A pesar de que, por esa misma época, Alcalde del Río se queje de que "estudiosos extranjeros amantes de la ciencia, tengan que verse forzados a intervenir en nuestro propio suelo con sus exploraciones que nosotros, por incuria y abandono hemos dejado hacer"<sup>13</sup>, fue constante colaborador del Instituto, aunque sin cobertura ni protección oficial alguna.

Mientras el Instituto de Investigaciones Paleontológicas de París llevaba a cabo entre 1910 y 1914 las excavaciones en la cueva de El Castillo, bajo la dirección de Hugo Obermaier, sigue el trabajo incansable de Alcalde del Río en la prospección y descubrimiento de cuevas con arte. En 1912 identifica un caballo pintado en negro en la cueva de San Antonio, en las afueras de Ribadesella y cerca de la estación de ferrocarril.<sup>14</sup> La cueva es visitada en 1912 por Eduardo Hernández-Pacheco, quien realiza un primer calco de la figura<sup>15</sup>. Un año más tarde, en 1913, quien la visita es Henri Breuil, acompañado de Alcalde del Río y Don Víctor Alea, propietario de la finca, probablemente entre los meses de mayo a octubre, que era el



Caballo de San Antonio (calco de Henri Breuil, sobre fotografía de Manuel Mallo)



periodo en el que se desarrollaban los trabajos en la cueva de El Castillo. En diciembre de 1913 ve la luz una guía turística de Asturias, escrita por Antonio Nava Valdés, en la que describe una visita a la cueva de San Antonio: "En el fondo de la gran cueva vimos la configuración del caballo primitivo. Es dibujo casi perfecto"<sup>16</sup>. Será la primera referencia publicada sobre el arte rupestre en Ribadesella. Más tarde, ya en 1914, se publica en la revista francesa *L'Anthropologie*, editada por el Instituto de Paleontología Humana, una escueta referencia, junto con un calco, donde Breuil describe un pequeño caballo negro, de unos 46 cm, de estilo probablemente aurignaciano y situado al fondo de la cueva<sup>17</sup>.

El abrupto final de las actividades del Instituto de Paleontología Humana en nuestro país viene marcado por el estallido de la I Guerra Mundial en Europa. El conflicto bélico afectará a los investigadores extranjeros que en esos momentos trabajan en España, súbditos de naciones que formaban parte de los dos grandes bloques en contienda.

A partir de entonces, el trabajo desarrollado por la Comisión de Estudios Paleontológicos y Prehistóricos llevó el peso esencial de las investigaciones. La posición española de neutralidad posibilitó dar cobijo a Obermaier y Wernert, a quienes sorprende la declaración de guerra mientras trabajaban en El Castillo. El ofrecimiento del Conde de la Vega del Sella para que se alojen en su casa de Nueva de Llanes y la invitación por parte de la Comisión para que estos investigadores pudieran hacer uso de sus laboratorios, permitió colaboraciones entre los miembros de ambos proyectos, algo a lo que no fueron ajenas las cuevas prehistóricas que en esos años empezaron a descubrirse en Ribadesella.

#### La Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas y las excavaciones en las cuevas del macizo de Arditines (1910- 1917)

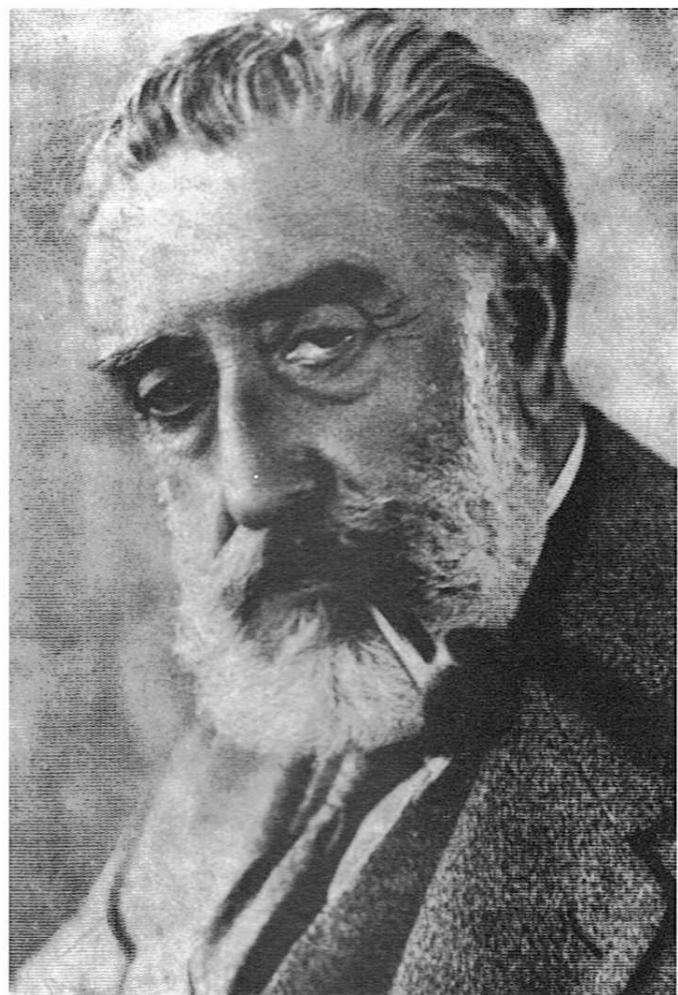
La creación de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas obedeció, según Eduardo Hernández-Pacheco, a la "necesidad de favorecer el desarrollo del conocimiento de la Prehistoria y la Paleontología", estableciendo un grupo de estudio de funcionamiento autónomo respecto del Museo Nacional de Ciencias Naturales, pero que "en él tuviera su sede y laboratorios, y a él fueran destinados los objetos y restos arqueológicos obtenidos a partir de sus investigaciones"<sup>18</sup>.

En el edicto de fundación de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas se justificaba su actividad aludiendo "al excepcional interés de las exploraciones de cavernas y abrigos que sirvieron de habitación al hombre primitivo, cuyo estudio ha producido importantes descubrimientos en la ciencia prehistórica y ha suministrado valiosos datos para el conocimiento de la historia patria. El interés que en nuestro país tienen esas investigaciones ha sido universalmente reconocido, como lo prueban las intensas exploraciones que en las más célebres cavernas del territorio cantábrico se están haciendo por especialistas extranjeros".



Excavaciones en la cueva de El Castillo en 1914: en el centro de la imagen, Obermaier, con Wernert a su derecha (Fondo Documental Pérez de Barradas, Museo de los Orígenes)

Precisamente, esa importante presencia de especialistas extranjeros fue una motivación más a la hora de poner en marcha la Comisión, como reacción a los estudios llevados a cabo por el Instituto de Paleontología Humana en las principales cuevas cantábricas. Aunque tras el estallido de la I Guerra Mundial surgieron investigaciones en común y una cierta



Eduardo Hernández-Pacheco



Excavaciones de Hernández-Pacheco y Paul Wernert en la Cueva de Ardines (fotografía cortesía de Manuel Mallo)

colaboración, algo reclamado desde la Comisión, “evitando todo aquello que significase intento de absorción o predominio de un equipo de investigaciones respecto a otro”, desde el principio los hechos “no respondieron a la aceptación de sugerencias, y cada bando obró por su cuenta y riesgo”<sup>20</sup>

Formaron parte de la Comisión, desde sus inicios, Eduardo Hernández-Pacheco, el Conde de la Vega del Sella y Juan Cabré, siendo dirigida por Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo.

Es precisamente Eduardo Hernández-Pacheco (1872-1965) quien inicia en esta época las investigaciones arqueológicas en las cuevas del macizo de Ardines, explorando y excavando las conocidas y descubriendo otras. Catedrático de Geología de la Universidad Central de Madrid y Jefe de la Sección de Geología y Paleontología Estratigráfica del Museo de Ciencias Naturales, desarrolla una intensa actividad investigadora, con una enorme capacidad de trabajo y movilidad, que le llevó continuamente al campo y a expediciones que abarcaron toda la Península, las Canarias y el Norte de África. Sus primeros trabajos sobre Prehistoria en Ribadesella se llevan a cabo en 1910 y 1911, estableciendo entonces contacto con el Conde de la Vega del Sella, con quien realiza “exploraciones de carácter prehistórico por el país”<sup>21</sup>. Ya en 1912 realiza la visita a la cueva de San Antonio, anteriormente aludida, identificando un yacimiento magdaleniense y asturiense, destruido al ensanchar la entrada de la caverna; señala y excava el yacimiento de La Cuevona y el de Cueva Viesca<sup>22</sup>. En 1913, efectúa “intensa exploración y estudio en Asturias, partiendo de Ribadesella, comarca abundante en cavernas habitadas por los hombres del paleolítico”<sup>23</sup>. Resultado de ello es el descubrimiento de la Cueva del Río, a la que también se refiere como “Cueva de Ardines”, y la continuación de los trabajos de excavación en Cueva Viesca. En 1915 realizará una nueva campaña de excavaciones arqueológicas en Ardines. Aunque Hernández-Pacheco no da cuenta de ella, el Conde de la Ve-



Vega del Sella y Hugo Obermaier

ga del Sella y Obermaier<sup>24</sup> hacen referencia a nuevos trabajos en Ribadesella ese año, en compañía de Paul Wernert, ayudante de Hugo Obermaier. Estas intervenciones de 1915 quedan confirmadas a la luz de las notas de campo redactadas por Paul Wernert, depositadas en el archivo del Instituto Lucas Mallada, dependiente del Museo Nacional de Ciencias Naturales<sup>25</sup>. En dichas anotaciones se alude a trabajos realizados entre el 30 de agosto y el 4 de septiembre de 1915 en la Cueva del Río, Cueva Viesca y La Cuevona, incluyendo una excursión a La Franca el miércoles 1 de septiembre junto con el Conde de la Vega del Sella y Cabré, visitando, probablemente, la cueva de Mazaculos<sup>26</sup>. En 1916 Hernández Pacheco refiere una nueva excavación en la Cueva de El Río, en colaboración con Paul Wernert<sup>27</sup>, y contamos con un último apunte sobre la presencia de Hernández-Pacheco en Ribadesella, en el año 1917, cuando en compañía de Benítez Mellado, dibujante y ayudante de la Comisión, reproduce, en un nuevo calco del original, el caballo paleolítico de San Antonio<sup>28</sup>.



Junto con Eduardo Hernández-Pacheco, El Conde de la Vega del Sella es otra de las personalidades relevantes y de peso en la Comisión. Ricardo Duque de Estrada y Martínez de Morentín (1870-1941), fue uno de los pioneros de los estudios prehistóricos en España, desarrollando una labor que, en muchos aspectos, alcanza vigencia todavía en la actualidad. Según el propio Hernández-Pacheco, su impulso de vocación científica y su intensidad en la labor y perseverancia en el estudio, hizo de él "el más conspicuo conocedor, en España, de la arqueología del Paleolítico, y una de las eminentias mundiales en dicha especialidad"<sup>29</sup>. Entre sus múltiples trabajos de campo, excava con Hugo Obermaier en 1916 la Cuevona de Ardines, donde identifica un depósito del Magdaleniense inferior cantábrico<sup>30</sup>.

Dentro de la notable labor de divulgación llevada a cabo por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, a través de la *Serie Prehistórica* de su colección de *Memorias*, estuvo prevista la publicación de una obra titulada *Las Cavernas Prehistóricas de Rivadesella*, a cargo de Eduardo Hernández-Pacheco. Aunque este proyecto lamentablemente no vio la luz, permite que hoy en día se guarden en los fondos arqueológicos y de archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales una importante cantidad de materiales y documentos inéditos referidos a aquellos trabajos, que facilitan la identificación y el estudio de las cuevas prehistóricas de Ribadesella.

#### Cuevas prehistóricas de Ribadesella. Identificación y estudio (1845 - 1917)

La amplitud temporal que abarcan las primeras noticias sobre las cuevas prehistóricas de Ribadesella, la imprecisión en algunas referencias y la falta de continuidad en los estudios e investigaciones, provocó el olvido de algunas de ellas. Además, la utilización de distintos topónimos para referirse a las cuevas generó confusión, a partir de sus nombres, sobre su reconocimiento y ubicación exacta.

**Cueva de Collera:** Citada por el ingeniero Gabriel Puig y Larraz, en su obra *Cavernas y Simas de España*, publicada en 1896. La describe como cueva en la que se "han hallado huesos fósiles", y la identifica con la cueva citada por Schulz en 1945 y en 1958, situada "1/4 de legua al Suroeste de Ribadesella", con "huesos antediluvianos"<sup>31</sup>.

A partir de los datos aportados por uno y otro, no resulta sencillo identificar qué cueva se corresponde actualmente con esta referencia: en la zona de Collera se conocen las cuevas de La Molera y del Cuetu La Hoz, en las que se han documentado restos de conchero asturiense<sup>32</sup>. Es muy posible, sin embargo, que se esté haciendo referencia a la cueva de San Antonio, ubicada en las afueras de Ribadesella, donde Hernández-Pacheco citó la existencia de un yacimiento Magdaleniense y Asturiense. La descripción de San Antonio publicada en 1913 alude a "un departamento donde se hallan muchos huesos antediluvianos"<sup>33</sup>, lo que concordaría con las observaciones publicadas por Schulz.



La Cuevona en 1917 (Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta, Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales)

**Cueva de Ribadesella:** Todas las descripciones conocidas sobre la llamada "Cueva de Rivadesella", permiten identificar en ella, sin duda alguna, a La Cuevona de Ardines. Descubierta en 1869<sup>34</sup>, fue descrita por Hernández-Pacheco como la "más grandiosa caverna de Asturias por sus proporciones"<sup>35</sup>. La primera referencia sobre la cueva es publicada por Francisco García Ceñal el 3 de agosto de 1869, en el periódico *El Faro Asturiano*. Posteriores descripciones publicadas por José Garralda (1870), Rada y Malibrán (1871), Manuel Foronda (1895), Puig y Larraz (1896) y Fermín Canella (1897), hacen referencia a ella como cueva de grandes dimensiones, caracterizada por la presencia de la claraboya natural en su techo, y con alusiones a dos comunicaciones con el exterior: una de ellas, la utilizada actualmente, a media ladera en el macizo de Ardines; la otra, desde el fondo de la cueva, "principia al Noreste del anchurón principal al fondo del precipi-

Sábado. 4 de Sept. de 1915.  
Cuevona. Se hace una excavación detrás  
de la gran acumulación estalagmitica  
y se encuentran:  
Superficie de Patelas; especialmente gruesas  
y muy grandes.  
Ningún otro material con excepción de  
3 pedazos de Pecten, 2 de ellos son  
agujereados.  
Gran parte de las Patelas han tenido  
uso de recipientes para color.  
Industria de cuarcita y poco sillar.  
Industria de hueso: punzones, uno  
multiselar.  
Nivel: de 30 a 40 centímetros uniforme;  
color negro o rojizo por la  
abundancia del ocre.

Notas de campo de las excavaciones de 1915 en Ardines, referidas a la Cuevona (cortesía de Manuel Mallo)

Por la tarde Cueva Viesca; los montones de escombros allí depositados 2 años atrás habían sido arrastrados y desechados por las aguas y el viento, lo cual hace innecesario los trabajos proyectados allí. Más tarde se evacúan los bloques con el carro y se transportan a la estación de Ribadesella.

Notas de campo de las excavaciones de 1915 en Ardines, referidas a Cueva Viesca (cortesía de Manuel Mallo)

cio; se dirige al Noroeste por pozos y galerías tortuosas y estrechas a pasar por debajo de la primera y salir a la ría, a una altura que solo permite el acceso en la marea baja, por cubrirse en la alta”<sup>36</sup>.

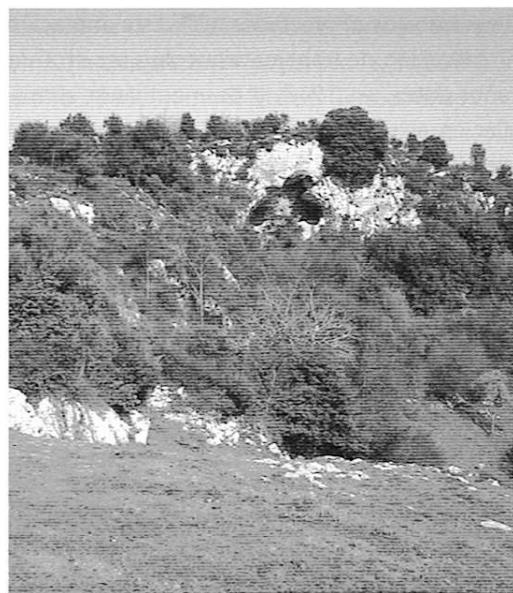
Ninguno de ellos informa de la existencia de restos arqueológicos en la cueva, a pesar de que se hicieron excavaciones en la misma<sup>37</sup>. La primera noticia sobre la presencia de restos arqueológicos en La Cuevona es de Gonzalo Campo del Castillo, en 1896, referida a las investigaciones llevadas a cabo por Justo del Castillo<sup>38</sup>. En cuanto a las excavaciones arqueológicas acometidas por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, los diarios de campo de Hernández Pacheco y Paul Wernert correspondientes al año 1915, hacen referencia a una excavación “detrás de la gran acumulación stalagmítica”, en la que encuentran: “infinidad de patelas, especialmente ejemplares muy grandes. Ningún otro marisco, con excepción de tres pedazos de pecten, dos de ellos agujereados. Gran parte de las patelas han tenido uso de recipiente para color. Industria de cuarcita y poco silex. In-

dustria de hueso: punzones, uno unibiselar. Nivel de treinta a cuarenta centímetros, uniforme, color negruzco, en parte rojizo por la abundancia del ocre”. Respecto a las excavaciones llevadas a cabo un año más tarde por Vega del Sella y Obermaier, contamos con menos datos: según Vega del Sella, “contiene un nivel magdaleniense con punzones de doble punta”, lo que le lleva a asignar un cronología del Magdaleniense inicial<sup>39</sup>.

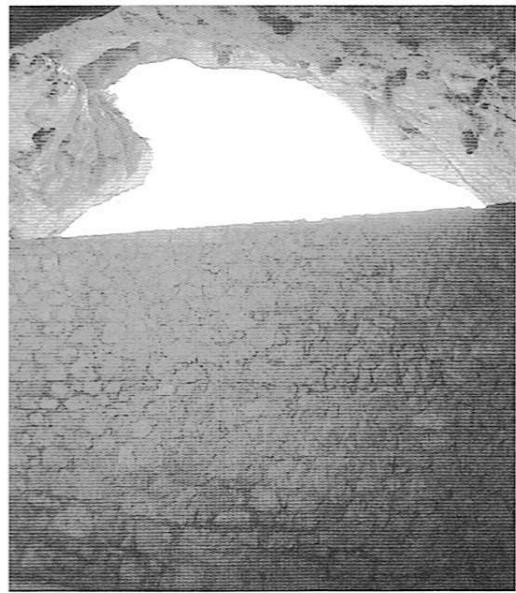
Los materiales conocidos procedentes de estas excavaciones arqueológicas concuerdan a grandes rasgos con los datos aportados por el diario de campo. En su mayoría se encuentran en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, aunque también en la colección Vega del Sella depositada en el Museo Arqueológico de Asturias. Lamentablemente, en este caso aparecen mezclados con piezas de otros yacimientos, al parecer como consecuencia de su traslado a Oviedo tras el fallecimiento de Vega del Sella<sup>40</sup>.

En el Museo de Ciencias Naturales se conservan varias piezas líticas (raederas, raspadores, núcleos y lascas en cuarcita, y una pieza en silex) y óseas (una varilla de cuerno de sección aplanada, dos fragmentos de varilla de sección planoconvexa, dos fragmentos de azagaya, una de ellas unibiselar, y un fragmento de costilla con marcas incisivas paralelas)<sup>41</sup>. Respecto a restos de arte mueble, se hace alusión a un tubo de hueso de ave con grabados toscos de las cabezas de dos ciervos, aunque la procedencia de esta pieza es dudosa, y a un pectoral perforado como colgante<sup>42</sup>.

La presencia de fauna en La Cuevona, al margen de *pateillas* y *littorinas* presentes en los concheros, es abundante y variada: se documentan restos de aves (buitre y búho)<sup>43</sup>, junto con caballo, ciervo, bovino, rebeco y cabra. Recientemente se ha dado a conocer un estudio de restos de fauna depositados



A la izquierda, Cueva Viesca a principios del siglo XX (Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta, Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales); a la derecha, vista exterior de la llamada Cueva del Tenis, en Ardines (marzo de 2012)



A la izquierda, Cueva Viesca, con detalle de la entrada vista desde el interior, a principios del siglo XX (Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta, Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales); a la derecha, vista de la entrada de la cueva de El Tenis, desde el interior, donde se aprecian graves alteraciones debidas a la construcción de un depósito, lo que supuso la desaparición del yacimiento arqueológico

en las colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales, donde destaca, en el caso de La Cuevona, el elevadísimo número de restos de ciervo (1.055 restos) y la presencia de un maleolar de megaloceros, uno de los dos únicos restos de este animal aparecidos en Asturias<sup>44</sup>.

**Cueva Viesca:** Según Eduardo Hernández-Pacheco, esta cueva fue descubierta y excavada por él mismo en 1912<sup>45</sup>. Obermaier precisa la existencia de un yacimiento del Magdaleniense superior. Según el diario de campo de 1915, la cueva es visitada el viernes 3 de septiembre, pero “los montones de escombros allí depositados dos años antes habían sido arrastrados y deshechos por las aguas y el viento, lo cual hace inútil los trabajos proyectados allí”. Esta anotación confirmaría la realización de trabajos arqueológicos en Cueva Viesca dos años antes, en 1913, y desmentiría la afirmación de Obermaier en el sentido de que la cueva fue excavada por Hernández-Pacheco y Paul Wernert en 1915, ya que dichos trabajos no tuvieron lugar<sup>46</sup>.

La industria procedente de Cueva Viesca es escasa, y se encuentra depositada en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. El prehistoriador César González Sainz hace referencia a algunas piezas líticas retocadas y a un fragmento de azagaña de sección circular, reproducida por Soledad Corchón, quien le asigna una probable cronología del Magdaleniense superior<sup>47</sup>.

En cuanto a los restos de fauna, además de algunas lapas, se mencionan catorce restos de ciervo<sup>48</sup>.

La identificación de Cueva Viesca ha sido problemática, aunque siempre se ha considerado que formaba parte del grupo de cuevas del macizo de Ardines. Alfonso Moure, director de las excavaciones arqueológicas de Tito Bustillo,

apuntó la posibilidad de que se tratase de la cueva conocida en Ribadesella como cueva de El Tenis<sup>49</sup>. Se trata de una cavidad de escaso desarrollo pero con una importante presencia en el territorio, ya que tiene una gran boca orientada al Sur visible a distancia desde distintas ubicaciones en el macizo. Cuenta además con otras dos bocas sobre la ría del Sella orientadas al Este. El análisis de la documentación fotográfica archivada en el Museo Nacional de Ciencias Naturales permite confirmar la correspondencia entre Viesca y El Tenis, ya que contamos con cuatro fotografías significativas, dos desde el interior y dos desde el exterior, donde es posible reconocer esta cueva. Lamentablemente en la actualidad El Tenis se encuentra enormemente modificada debido a la construcción de un depósito, con presencia de muros de cierre y la superficie cementada, lo que ha destruido cualquier vestigio arqueológico que hubiese existido.

**Cueva de El Río:** Se trata de la cueva del macizo de Ardines que más confusión ha provocado, ya que a pesar de la importancia del depósito arqueológico excavado a principios del siglo XX, su exacta ubicación cayó en el olvido, generándose durante bastante tiempo dudas sobre su actual identificación.

Los elementos de confusión respecto a esta cueva parten ya de las primeras referencias con que contamos, procedentes de los trabajos de Hernández-Pacheco: en ocasiones alude a la “Cueva de El Río”, y en otras ocasiones a la “Cueva de Ardines”, cuando en realidad parece tratarse de la misma cueva<sup>50</sup>. En 1919 Hernández-Pacheco se refiere a la Cueva de El Río de Ardines, y en publicaciones posteriores, analizando dos bloques con utilaje y conchero expuestos en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, se refiere a esta cueva como

## La Cueva del Río - Ribadesella

Lunes, 30 de Agosto 1915.

Empiezan los trabajos excavándose al lado de la pared derecha unos 2 metros de ancho. El nivel tiene poco espesor de 20-30 centímetros y es de color negro-crema.

Se advierte la presencia de muchas *Patellas* de todos tamaños pero predominan las grandes. Bastante *Littorina* especialmente grandes ejemplares. (Faltan por completo *Mitiles* (miguel) Gama. Ciervo y Bastante Caballo, cabra-puerca (?)

Arqueología: Silex: pocos buriles y escasos otros tipos. Mas cuarcitas: Tipo Magdaleniense. Hueso: Punzón, pero en gran mayoría fósiles unibiselares. Tipo Magdal. inferior. Los Instrumentos de hueso se hallan adosados a la pared en la mayoría de los casos.

Notas de campo de las excavaciones de 1915 en Ardines, referidas a la Cueva de El Río (cortesía de Manuel Mallo)

"Cueva del Río", en 1954; y como "Cueva de Ardines", en 1959<sup>51</sup>.

Según Hernández-Pacheco, la cueva es descubierta en 1913, y excavada junto con Paul Wernert en 1916, asignándole una atribución cultural del Magdaleniense inferior. Los diarios del Instituto Lucas Mallada refieren, no obstante, una excavación en 1915 desarrollada a lo largo de cuatro días: el lunes 30 y el martes 31 de agosto, el jueves 2 y el viernes 3 de septiembre<sup>52</sup>.

Las notas del diario de 1915 hablan de una excavación realizada en la pared derecha del yacimiento, con una cata de unos dos metros de ancho; en un nivel de poco espesor (de unos 20-30 cm) se advierte la presencia de muchas *patellas* y *littorina*, junto con restos de caballo, ciervo, cabra y gamuza. En cuanto a la arqueología, refieren algunos buriles en silex y restos líticos en cuarcita de tipo magdaleniense. Los restos de instrumentos de hueso se hallan en la mayoría de los casos adosados a la pared, con presencia de punzones unibiselares a los que atribuyen una cronología del Magdaleniense inferior, señalando, además, la presencia de "unas cuantas agujas". Se hace igualmente alusión a la retirada de "un bloque con concreciones del nivel", que es transportado a un carro y llevado a la estación de Ribadesella. Probablemente se trate de uno de los bloques expuestos en el Museo Nacional de Ciencias Naturales.



Cueva del Río en 1913 (Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta, Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales): la fotografía permite identificar la Cueva del Río con la cueva de la Lloseta, donde se aprecia la situación de la boca de la cueva, tal y como refiere Hernández-Pacheco, "en la parte alta de la ladera izquierda del barranco de Ardines"

Los materiales procedentes de esas excavaciones permanecieron inéditos hasta el año 1976, cuando son publicados por Alfonso Moure y Mercedes Cano. Para esa fecha, tal y como reconocen los autores, "no estamos demasiado seguros de la ubicación exacta del yacimiento excavado por Hernández-Pacheco y Wernert", indicando que "actualmente, las gentes del lugar suelen llamar 'Cueva del Río' a una entrada situada unos diez metros sobre el nivel del río San Miguel, cerca del punto en que sus aguas se vuelven subterráneas. Esta cavidad se encuentra a su vez a unos quince metros por debajo de la entrada hundida de Tito Bustillo". Sin embargo "a pesar de haber observado detenidamente el suelo y las paredes de la cueva [...], no hemos encontrado ni el más mínimo vestigio de conchero o yacimiento", llegando a afirmar que "la cueva que en la actualidad los lugareños llaman 'El Río', no es la misma que excavó Hernández-Pacheco"<sup>53</sup>.

En el año 1980, Manuel Hoyos, Teresa Chapa y Manuel Mallo publican un artículo en el que identifican la Cueva de El Río con la cueva conocida como La Lloseta o de La Moría<sup>54</sup>, excavada por Francisco Jordá en 1956, y publicada con ese nombre en 1958<sup>55</sup>. La clave en la identificación de la cueva estuvo, no solo en el análisis de los materiales procedentes de aquellas excavaciones, sino en el reconocimiento hecho por Manuel Mallo, experto conocedor del macizo de Ardines, a partir de la abundante documentación fotográfica que consta depositada en el archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Esta identificación concuerda con la descripción que publicó Hernández-Pacheco en 1959, cuando refiriéndose a la "Cueva de Ardines", la situó "en la parte alta de la ladera izquierda del barranco de Ardines"<sup>56</sup>.

De entre los materiales procedentes de las excavaciones de la Comisión, destacan dos masas pétreas que estaban expuestas en el Museo como "brechas prehistóricas de cavernas", y



Cueva de Ardines en 1913 (Francisco Hernández-Pacheco de la Cuesta, Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales)

que según el antiguo cartel que acompañaba a estos materiales, procedían de la Cueva de El Río. Estaban formadas por un conjunto de conchas de diversos moluscos costeros, huesos fragmentados de animales, cantos de cuarcita y fragmentos de silex rotos intencionalmente. Uno de los bloques se correspondería con el nivel magdaleniense (con presencia de *patellas* y *littorina* de gran tamaño), y el otro con un nivel asturiense (con presencia de mejillón, ostra y erizo de mar). Se documentaron además un total de 176 piezas líticas y 22 en hueso o asta. Entre la industria lítica aparecen varios núcleos, raspadores, buriles, hojas y raederas, en su mayor parte de cuarcita, aunque hay algunas piezas de silex. Entre el material óseo, de acuerdo a lo citado en los diarios, se encuentran agujas, azagayas (dos unibiselares y una de doble bisel), punzones, una varilla, una espátula, un cincel, huesos aguzados y cuernas trabajadas<sup>57</sup>.

En cuanto a los restos de fauna, además de caballo, ciervo, cabra, rebecho y bovino, recientemente se publicó un molar de mamut<sup>58</sup>. Procedentes de los fondos del Museo, y con una etiqueta identificativa antigua que aludía a la Cueva de la Moría, se identificaron también dos fragmentos de una pieza dentaria de *hippopotamus amphibius*. Este animal desapareció de la Península Ibérica hace unos 100.000 años, y no hay referencias a restos de hipopótamo en ningún otro yacimiento de la cornisa cantábrica, apareciendo tan solo en el área mediterránea, lo que genera enormes dudas respecto a la procedencia de esta pieza<sup>59</sup>.

Finalmente, un último apunte relacionado con la documentación procedente del Museo de Ciencias Naturales, que nos ha generado perplejidad y algunas dudas. En el reverso de algunas de las fotografías aparecen anotaciones relativas al tema y a la fecha. En una de ellas, donde se reconoce la cueva de La Lloseta, se lee: "Cueva de Ardines, cerca de Ribadesella, Asturias. Es un tipo de fuente surgente típico. Las aguas que recorren sus galerías, y que antes desaparecen en un amplio agujero, brotan al nivel del mar en la ría"<sup>60</sup>.

No consta que en las excavaciones llevadas a cabo por la Comisión hubiesen accedido a la amplia galería que confor-



Cueva de La Lloseta (marzo de 2012)

ma la cueva de la Lloseta y parece que los trabajos se limitaron a la excavación en el abrigo de la entrada. Por otro lado, en las galerías de La Lloseta no hay circulación de agua, encontrándose esta cueva en un nivel superior al de Tito Bustillo, bajo cuya galería principal sí que circula el río San Miguel. Por otro lado, la zona por la que actualmente se sume el río bajo el macizo de Ardines, conocida como La Gorgocera, no conforma ya "un amplio agujero", sino que en realidad se localizan tres distintos sumideros, alguno de los cuales se encuentra prácticamente colmatado por el arrastre de ramas, troncos, lodos y basura<sup>61</sup>.

Surgen pues algunas cuestiones pendientes aún de resolver en lo referido a las exploraciones e investigaciones llevadas a cabo por la Comisión en el macizo de Ardines. También respecto a los cambios y transformaciones que ha sufrido el paisaje desde principios del siglo XX hasta la actualidad. No obstante, de lo expuesto y del registro de materiales procedentes de esos estudios, fue posible vislumbrar una importante ocupación humana a lo largo del Magdaleniense en la desembocadura del río Sella. Las investigaciones llevadas a cabo posteriormente en las cuevas de El Cierro, Cova Rosa, Les Pedroses y de nuevo en La Lloseta, junto con el depósito arqueológico documentado en Tito Bustillo y el descubrimiento de los conjuntos artísticos de Pedroses, La Lloseta y Tito Bustillo, que se unieron al modesto panel de San Antonio, refuerzan, cien años después de aquellas investigaciones, el papel del macizo de Ardines y de Ribadesella como importantes enclaves en el conocimiento del Paleolítico Superior peninsular.

Ribadesella, 29 de marzo de 2012.

#### Agradecimientos:

A Juan José Pérez Valle por su invitación a escribir este artículo, y por su información sobre la obra de Antonio Nava Valdés; a Diego Álvarez-Lao, por sus comentarios sobre los restos de fauna procedentes de las cuevas de Ardines depositados en el Museo Nacional de Ciencias Naturales; a Pedro

Floriano Llorente, por su ayuda para contrastar las muestras de escritura de Paul Wernert.

Y muy especialmente a Manuel Mallo Viesca, experto investigador de la Prehistoria asturiana, coautor del primer estudio científico sobre el arte de la cueva de "El Ramu", publicado en 1969, y responsable de la identificación de la Cueva de El Río de Ardines. Su explosiva generosidad expresada mediante constantes informaciones, atinadas reflexiones y la cesión de buena parte de los documentos a los que se alude en estas líneas, ha hecho posible la redacción de este artículo.

#### Bibliografía citada:

- ADÁN ÁLVAREZ, Gema Elvira (1997). *De la caza al útil: la industria ósea del Tardiglaciario en Asturias*. Prólogo Mª Soledad Corchón Rodríguez. Oviedo: Consejería de Cultura.
- ÁLVAREZ-LAO, Diego; GARCÍA, Nuria (2012). "Comparative revision of the Iberian mammoth (*Mammuthus primigenius*) record into a European context", en *Quaternary Science Reviews*, 32, p. 64-74.
- BREUIL, Henri (1974). *Quatre cents siècles d'art pariétal. Les cavernas ornees de l'age du renne*. 2ª edición. Editions Max Fourny Art et Industrie, París.
- BOULE, Marcellin; BREUIL, Henri; OBERMAIER, Hugo (1914). "Institut de Paleontología Humaine. Travaux de l'année 1913. II-Travaux en Espagne". *L'Anthropologie*, n. 25, p. 233-253.
- CAMPO DEL CASTILLO, Gonzalo del (1896). "Oviedo histórico, artístico e industrial". En:
- VALERO DE TORNOS, Juan: *España fin de siglo*, v. II, p. 312-314.
- CANELLA Y SECADES, Fermín (1897). "Ribadesella". En: BELL-MUNT Y TRAVER, Octavio; CANELLA Y SECADES, Fermín: *Asturias: Su historia y monumentos, bellezas y recuerdos, costumbres y tradiciones, el bable, asturianos ilustres, agricultura e industria, estadística*. Gijón: Fototip. y Tip. O. Bell-munt, vol. 3, p. 467-473.
- CEÑAL GARCÍA, Francisco (1869). "La cueva de Ribadesella". *El Faro Asturiano*, 3 de agosto.
- CORCHÓN RODRÍGUEZ, María Soledad (1986). *El arte paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno*. Madrid: Ministerio de Cultura, Subdirección General de Arqueología y Etnografía (Monografías. Centro de Investigación y Museo de Altamira; 16).
- DOMINGO, María Soledad; ALBERDI, María Teresa; SÁNCHEZ CHILLÓN, María Begoña; CERDEÑO, Esperanza (2005). "La fauna cuaternaria de la cornisa cantábrica en las colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales", en *Munibe (Antropología-Arqueología)*, nº 57 (Homenaje a Jesús Altuna), p. 325-350. San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi, 2005.
- FORONDA Y AGUILERA, Manuel de (1895). *De Llanes a Covadonga, excursión geográfico-pintoresca*. Separata de: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, año X, n. 3.
- GARRALDA, José (1870). "Algunas líneas sobre la cueva de Ribadesella". *Revista Minera*, n. 21, p. 53-56 y 173-174.
- GONZÁLEZ MORALES, Manuel Ramón (1982). *El asturiense y otras culturas locales: la explotación de las áreas litorales de la región cantábrica en los tiempos epipaleolíticos*. Santander: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, (Monografías. Centro de Investigación y Museo de Altamira; 7).
- GONZÁLEZ MORALES, Manuel Ramón; MÁRQUEZ URÍA, María del Carmen (1983). "Grabados lineales exteriores de La Cuevona (Ribadesella, Asturias)" en *Ars Praehistórica: Anuario Internacional de Arte Prehistórico*, n. 2, p. 185-190.
- GONZÁLEZ SAINZ, Cesar (1989). *El magdaleniense superior-final de la región cantábrica*. Santander: Ediciones Tantín.
- HERNÁNDEZ-PACHECO Y ESTEVAN, Eduardo (1919). *La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*. Con la cooperación de Juan Cabré y de F. Benítez Mellado en la parte gráfica. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas; 24).
- HERNÁNDEZ-PACHECO Y ESTEVAN, Eduardo (1954). *Reseña de las colecciones prehistóricas y deducciones de su estudio (investigaciones de 1912 a 1924)*. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales.
- HERNÁNDEZ-PACHECO Y ESTEVAN, Eduardo (1959). *Prehistoria del solar hispano: orígenes del arte pictórico*. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (Memorias de la Real Academia. Serie Ciencias Naturales; 20).
- JIMÉNEZ-SÁNCHEZ, Montserrat; ANADÓN RUIZ, Soledad; FARIAS ARQUER, Pedro; GARCÍA-SANSEGUNDO, Joaquín; CANTO TOIMIL, Noel (2004). "Geomorfología de la Cueva de Tito Bustillo y del macizo kárstico de Ardines (Ribadesella, costa cantábrica, Norte de España)". *Boletín Geológico y Minero*, n. 115 (2), p. 257-264.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1958). *Avance al estudio de la cueva de La Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*. Oviedo: Servicio de Investigaciones Arqueológicas (Memorias del Servicio de Investigaciones Arqueológicas; 3).
- MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito (2003). *Hermilio Alcalde del Río. Biografía de un prehistoriador de Cantabria*, Ayuntamiento de Puente Viesgo.
- MALLO VIESCA, Manuel; CHAPA BRUNET, Teresa; HOYOS GÓMEZ, Manuel (1980). "Identificación y estudio de la Cueva del Río (Ribadesella, Asturias)". *Zephyrus: revista de Prehistoria y Arqueología*, n. 30-31, p. 231-243.
- MÁRQUEZ URÍA, María del Carmen (1974). "Trabajos de campo realizados por el Conde de la Vega del Sella". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n. 83, p. 811-836.
- MEDEROS MARTÍN, Alfredo (2010). "Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX. I. El impulsivo isabelino (1830-1867)", en *Cuadernos de Prehistoria y*



- Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, nº 36, p. 159-216.
- MOURE ROMANILLO, José Alfonso; CANO HERRERA, Mercedes (1976). "La cueva del río de Ardines (Ribadesella, Asturias). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 87, p. 259-271.
- MOURE ROMANILLO, José Alfonso (1992). *La cueva de Tito Bustillo: el arte y los cazadores del Paleolítico*. 1ª ed. Gijón: Trea (Guías Trea).
- NAVA VALDÉS, Antonio (1914). *Asturias. Guía para el turista*. Luarca: Talleres Gráficos de Ramiro P. del Río e Hijo.
- OBERMAIER, Hugo (1925). *El hombre fósil*. 2ª ed. ref. y amp. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales, Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas; 9).
- PUCHE RIART, Octavio (2002). "La Contribución de los Ingenieros a la Arqueología Española", en *Historiografía de la Arqueología española. Las Instituciones. Cursos y conferencias* (3). Ayuntamiento de Madrid, p. 13-45.
- PUIG Y LARRAZ, Gabriel (1896). "Cavernas y simas de España". *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, n.º 11, 1º de la 2ª serie, p. 3-392.
- RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la; MALIBRAN AUTET, Arturo (1871). *Memoria que presentan al Exmo. Sr. Ministro de Fomento, dando cuenta de los trabajos practicados y adquisiciones hechas por el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-Mudos y Ciegos.
- RASILLA VIVES, Marco de la (1991). *El Conde de la Vega del Sella y la arqueología prehistórica en Asturias*. Texto y Catálogo de la Exposición sobre el Conde de la Vega del Sella, Oviedo: Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias.
- SÁNCHEZ MARCO, Antonio (1986). "Las aves fósiles de La Cuevona (Asturias)", en *Estudios Geológicos*, vol. 42, p. 475-478. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- SCHULZ, Guillermo (1845). "Vistazo geológico sobre Cantabria" en el *Boletín Oficial de Minas*, nº 35 (1 de octubre), p. 461-462. Madrid: Dirección General de Minas.
- SCHULZ, Guillermo (1858). *Descripción geológica de la provincia de Oviedo*. Madrid: Carlos Bailly-Bailliere.
- UTRILLA MIRANDA, Pilar (1981). *El Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica*. Santander: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas (Monografías. Centro de Investigación y Museo de Altamira; 4).
- VEGA DEL SELLA, Ricardo Duque de Estrada y Martínez de Morentín, Conde de la (1916). *Paleolítico de Cueto de la Mina: (Asturias)*. Madrid: Museo de Ciencias Naturales, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (Trabajos de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas; 13).
- VILANOVA Y PIERA, Juan; RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la (1891). *Geología y Protohistoria ibéricas*. Madrid: El Progreso Editorial (Historia General de España. Escrito por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección de Antonio Cánovas del Castillo, 1890-1894, v.1).
- <sup>1</sup> En Bélgica, Schmerling, en 1833, en la cueva de Engis, Lieja. En Francia, Boucher de Perthes, en 1838, en las terrazas aluviales del Somme; Naulet, en 1853, cerca de Toulouse; Rigolot, en 1854, en Amiens. En Inglaterra, Pengelly y Vivian, en 1846 en Devon. En España, Casiano del Prado, en 1862, en San Isidro, Madrid.
- <sup>2</sup> Schulz (1945), pag. 462: "En la caliza devoniana y carbonera de Asturias son frecuentes las cavernas con huesos de animales antediluvianos; v. gr. cerca de Rivadesella, en Laviana y en Candamo".
- <sup>3</sup> Schulz (1958), pag. 58.
- <sup>4</sup> Schulz (1958), pag. 86.
- <sup>5</sup> Hernández-Pacheco (1959), pag. 46.
- <sup>6</sup> Garralda (1870), pag. 55.
- <sup>7</sup> Un acta de la Comisión Provincial de Monumentos, con fecha 23 de septiembre, da cuenta de la presencia de los comisionados en Asturias en 1869: Adán (1997), pag. 50, nota al pie 55.
- <sup>8</sup> Rada y Malibrán (1871). Esta referencia quedó recogida como nota al pie de página por el prehistoriador Juan Vilanova y Piera y el propio Jesús de Dios de la Rada y Delgado en la obra *Geología y Protohistoria Ibéricas*, publicada en 1891, primer volumen de la *Historia General de España*, dirigida por Antonio Cánovas del Castillo.
- <sup>9</sup> Comunicación de Manuel R. González Morales.
- <sup>10</sup> Se traduce literalmente como "restos de cocina", y hace alusión a depósitos con una presencia masiva de moluscos, que fueron documentados en Dinamarca en la segunda mitad del siglo XIX. A partir de los estudios del Conde de la Vega del Sella sobre el Asturiense, se empezará a utilizar el término "conchero" para aludir a tales depósitos.
- <sup>11</sup> Campo del Castillo (1896), pag. 311.
- <sup>12</sup> Puche (2002), pag. 13 y 14; Mederos (2010), pag. 196 y 202.
- <sup>13</sup> Madariaga (2003), pag. 70.
- <sup>14</sup> Obermaier (1925), pag. 262.
- <sup>15</sup> Hernández-Pacheco (1919), pag. 26.
- <sup>16</sup> Nava (1914). Agradecemos a Juan José Pérez Valle la información referida a esta temprana alusión al arte paleolítico de San Antonio.
- <sup>17</sup> Boule, Breuil y Obermaier (1914), pag. 235 y 237; Breuil (1974), pag. 387.
- <sup>18</sup> Hernández-Pacheco (1959), pag. 719.
- <sup>19</sup> Adán (1997), pag. 50.
- <sup>20</sup> Hernández-Pacheco (1959), pag. 726. Aunque Hernández-Pacheco reconoce que "quizá la independencia en el obrar y en el sentir haya sido beneficiosa para el resultado, por cuanto significa emulación", hubiese preferido "juego limpio y concordia".
- <sup>21</sup> Hernández-Pacheco (1959), pag. 722.
- <sup>22</sup> Hernández-Pacheco (1919), pag. 26.
- <sup>23</sup> Hernández-Pacheco (1959), pag. 724.
- <sup>24</sup> Vega del Sella (1916), pag. 85; Obermaier (1925), pag. 189.
- <sup>25</sup> Según Manuel Mallo, quien generosamente nos facilitó copia de dichas anotaciones, la letra no se corresponde con la de Hernández-Pacheco. El mismo Mallo sugirió en su momento la posibilidad de que hubiesen sido escritas por Wernert. Enviamos la copia de dichos documentos, junto con la de una carta manuscrita de Wernert, a D. Pedro Floriano Llorente, quien, tras compararlas, nos confirma en comunicación personal que tanto los diarios de campo como la carta están escritos por una misma persona.
- <sup>26</sup> Sorprende que no se mencione a Obermaier, quien ya se habría incorporado a la Comisión y ya había acompañado a Vega del Sella en sus estancias en Nueva de Llanes. La preparación de su obra *El Hombre Fósil*, que se publicará un año más tarde, podría explicar su ausencia en los trabajos de la Comisión en Asturias durante ese verano.

La correspondencia de Obermaier en ese año lo sitúa en Madrid, en los meses de marzo y mayo, "muy ocupado... Acabo de terminar un curso público sobre el hombre cuaternario y preparamos actualmente su publicación en forma de libro, lo que nos llevará aun de 3 a 4 meses" (Madariaga, 2003, pag. 147).

<sup>27</sup> Hernández-Pacheco (1919), pag. 26; Hernández-Pacheco (1959), pag. 153. Se plantea la duda sobre si se estará refiriendo en realidad a la excavación llevada a cabo en 1915, y que se trate de un error en la fecha.

<sup>28</sup> Hernández-Pacheco (1919), pag. 26.

<sup>29</sup> Rasilla (1991), pag. 11.

<sup>30</sup> Vega del Sella (1916), pag. 85, nota I; Obermaier (1925), pag. 189; Márquez (1974), pag. 826.

<sup>31</sup> Puig (1896), pag. 244 y 246.

<sup>32</sup> González Morales (1982).

<sup>33</sup> Nava (1914).

<sup>34</sup> Según Garralda, es descubierta por el dueño de una explotación minera de espato calizo, en cuyas concesiones se encontraba la cueva, y que es identificado con el inglés Robert Dodds.

<sup>35</sup> Hernández-Pacheco (1919), pag. 26.

<sup>36</sup> Puig (1896), pag. 245 y 246.

<sup>37</sup> Manuel Foronda hace referencia a la presencia de "huesos antediluvianos" en la Cuevona, porque la confunde con la señalada por Schulz con huesos fósiles: Puig (1896), pag. 246.

<sup>38</sup> Campo del Castillo (1896), pag. 311.

<sup>39</sup> Vega del Sella (1916), pag. 85.

<sup>40</sup> González Morales (1983), pag. 186.

<sup>41</sup> Utrilla (1981), pag. 63.

<sup>42</sup> Corchón (1986), pag. 471 y 472 (fig. 197.5); Adán (1997), pag. 157. El hueso de ave decorado podría ser de la cueva de La Paloma (Las Regueras).

<sup>43</sup> Sánchez (1986).

<sup>44</sup> Domingo et alii (2005), pag. 329 y 331.

<sup>45</sup> Hernández-Pacheco (1919), pag. 26.

<sup>46</sup> Obermaier (1925), pag. 189.

<sup>47</sup> González Sainz (1989), pag. 47; Corchón (1986), pag. 79, gráfico 14, fig. 10; y 357.

<sup>48</sup> Domingo et alii (2005), pag. 329 y 332.

<sup>49</sup> Moure (1992), pag. 12.

<sup>50</sup> Prueba de ello son dos fotografías, idénticas, de una zona de excavación: una de ellas, con la signatura ACN002/001/05604, tiene la referencia "Cueva de Ardines"; la otra, con signatura ACN002/001/5607, aparece con la referencia "Cueva de El Río". Otras tres fotografías tomadas en 1913 (ACN002/001/05603, ACN002/001/05615 y ACN002/001/05602) permiten identificar ambos nombres con el mismo yacimiento.

<sup>51</sup> Hernández-Pacheco (1954), pag. 15; Hernández-Pacheco (1959), pag. 153.

<sup>52</sup> Como ya hemos expuesto, es posible que la referencia de Hernández-Pacheco a 1916 sea un error, y que en realidad alude a los trabajos llevados a cabo el año anterior. En este sentido, Obermaier (1925, pag. 189) informa de excavaciones en la Cueva de El Río en 1915, y no en 1916, apuntando a la presencia, además del Magdaleniense inferior, y con un interrogante, de un nivel aziliense.

<sup>53</sup> Moure y Cano (1976), pag. 260 y 261. Esta referencia concuerda parcialmente con lo publicado con Jordá en su estudio sobre la Lloseta (Jordá, 1958, pag. 18), y que situaba la Cueva de El Río unos diez metros sobre el cauce del río San Miguel.

<sup>54</sup> Mallo, Chapa, Hoyos (1980).

<sup>55</sup> Jordá (1958).

<sup>56</sup> Hernández-Pacheco (1959), pag. 153.

<sup>57</sup> Moure y Cano (1976), pag. 264 a 269; Corchón (1986), pag. 79, fig 34.

<sup>58</sup> Álvarez-Lao y García (2012), pag. 65.

<sup>59</sup> Agradecemos a Diego Álvarez-Lao, paleontólogo del departamento de Geología de la Universidad de Oviedo, sus comentarios referidos a esta pieza. Para Álvarez-Lao, quien la estudio hace años, los restos son claramente de hipopótamo, aunque expresa dudas sobre su origen, indicando que pudieran proceder incluso de fuera de Asturias.

<sup>60</sup> Comunicación personal de Manuel Mallo.

<sup>61</sup> Jiménez-Sánchez et alii (2004), pag. 259.

## RIOSELLANA

### I

— Yo vo dime pa l'Habana,  
miò dolce ribesellana:  
vo dime, y que Dios me mate  
si non golviera buscate,  
a güelta de pocos años,  
ricu, ansí me salve Dios.  
Vo dime, q'allí hay dinetu,  
hay oru pal marinero,  
riqueces... q'habrá que veles...  
Vo ganales; vo trayeles,  
y, vengo, y compro una lancha,  
y a sofutala los dos.

— Ay de min! ¿Quedralo Dios?

### II

Y embarcosei pa l'Habana.  
Lloró la ribesellana,  
lloró pel Corberu arriba  
viendo l'petache 'n que diba,  
l'mor de los sos amores,  
p'haza l'puertu Santander.  
Lloró, y fincó la confianza  
'n estrella de l'esperanza,  
y a la Virxen de la Guía  
llumó un ciriu noche y día  
pa que no i negás l'amparu  
del so devinu poder.

— Ha salvase, si Dios quier!

### III

Diz la carta de l'Habana:  
«Y allegué, ribesellana.  
Trabayaré cuantu dea  
de miu el xéniu y l'idea,  
pa poder comprar la lancha  
y vevir xuntos ahí.  
Pos cada día que cola,  
escurriendo que tas sola,  
y en sin poder abrazate,  
digoti ¡que Dios me mate!  
q'anque ye guapa ista tierra,  
yo non fo 'n ella 'n sin tí.»

— Ayl! ¿Quedralo Dios ansi?

Nueva y Mayo.

### IV

Ya no 'scribe de l'Habana.  
La probe ribesellana  
de dolor dai tal boreu  
cuando no i tray el correu  
cuatro lletres del so amante,  
que la pon a feneclar.  
¿Morrió...? ¿Vive...? ¿Y non i escribe  
cuando, la probe, recibe  
con sos lletres tal consuelu,  
comò si de Dios del cielu  
fos la carta, y q'unos ánxoles  
i la viñeren trayer?  
— Ayl! ¡Será que Dios lo quier!

### V

¡Ah 'nfelice! Una mañana  
la triste ribesellana,  
vió la barra tresponiendo  
un bregantín que venía,  
y entrando airoso na ría  
'n oriella 'l muelle fondió  
Y vió que salien... salien...  
los indianos que venien...;  
y colaben en ringlera...  
del muelle pe la ribera...  
y amirolos... amirolos...  
pero 'l suyu non lu vió.  
— Ayl! ¡Q'a Dios non i pruyól!

### VI

La probe, col alma a'rrestres  
golvia per aquelles llastres  
pal Corberu, sospirando  
seliquino... y apertando  
el corazón en so pechu,  
que non i escapás d'allí...  
cuando vió q'unu blincaba  
del bregantín y glallaba...:  
— ¡Miò reina...! ¿Non me conoces?  
¡Ven pal barcu, riosellana!  
Vas ser la miò Capitana,  
que comprelo yo pa tí.  
— Ayl! ¡Quixolo Dios ansi!

P. DE PRÍA.